

PRIMERA PARTE

LO SABE TODO EL MUNDO

1

Cuando era niña, nuestro periódico local publicaba partes de enlaces matrimoniales con descripciones de las ceremonias y de los vestidos y con fotografías de los novios. Dos de los *disc jockeys* de una de las estaciones de radio del pueblo dedicaban la mañana de los lunes a revisar las fotografías y a nominar a la Novia Más Guau, o lo que es lo mismo, a la mujer que según su opinión era la más fea de las damas que habían prometido sus votos en la región de Filadelfia durante el fin de semana. El premio gordo era un saco de pienso para perro.

Oí a los *disc jockeys* en plena faena una mañana de camino a la escuela:

—Toma ya: al pie de la página J-6, y sí... ¡Sí! ¡Creo que tenemos a una candidata! —soltó el Disc Jockey Uno, a lo que su compañero respondió, riéndose entre dientes:

—No hay velo lo bastante grande para tapar ese... desastre.

—¡Novia XXL! ¡Novia XXL! —canturreó el Disc Jockey Uno antes de que mi madre cambiara de emisora y volviera a sintonizar la National Public Radio con un crispado quiebro de muñeca. Después de eso, me obsesioné y no poco con el concurso. Todos los domingos por la mañana estudiaba atentamente los retratos en blanco y negro como si fueran a preguntarme por ellos más tarde. ¿Acaso la novia del de en medio era fea? ¿Más quizá que la de la esquina superior derecha? ¿Eran siempre las rubias más guapas que las morenas? ¿Estar gorda significaba automáticamente lo mismo que ser fea? Puntuaba las fotografías y me enfurecía al pensar en lo injusto que era el hecho de que simplemente por haber nacido con una cara o un cuerpo determinados pudiéramos convertirnos en objeto de burla. Luego me preocupaba por la ganadora. ¿De verdad enviaban a la pareja el pienso para perros y se lo dejaban en la puerta? ¿Volvían acaso de su luna de miel y se lo encontraban allí,

o algún familiar o amigo bienintencionado intentaba esconderlo? ¿Cómo se sentía la novia al ver que había ganado? Y ¿cómo se sentía su marido al saber que había elegido a la chica más fea de Filadelfia en un fin de semana cualquiera para amarla y venerarla hasta que la muerte les separara?

Aunque en aquel entonces yo no estaba muy segura de nada, sí sabía que cuando me casara —si llegaba el día— no tenía la menor intención de poner mi fotografía en el periódico. A los trece años estaba totalmente segura de que tenía mucho más en común con las Guaus que con las novias guapas, y convencida de que lo peor que le podía pasar a cualquier mujer era ganar ese concurso.

Ahora, en cambio, naturalmente que no pienso lo mismo. Lo peor no es tener a dos anticuados graciosillos de una emisora de tercera gruñendo como un par de cochinos delante de tu fotografía y depositando un saco de pienso para perro en la puerta de tu casa. Peor sería que se lo hicieran a tu hija.

Exageraba, por supuesto. Y la verdad es que no estaba en absoluto preocupada. Al volverme a mirar hacia el otro extremo de la habitación, en dirección a la pista de baile, que empezaba a llenarse al tiempo que los invitados al *b'nai mitzvah* se quitaban los abrigos, sentí que el corazón se me llenaba de júbilo al ver a mi hija, a mi hermosura de hija, bailando la *hora* entre su círculo de amigos. Joy cumpliría trece años en mayo y era, según mi modesta y absolutamente imparcial opinión, la niña más preciosa que existía sobre la corteza terrestre. Joy había heredado lo mejor que yo podía ofrecerle —mi piel olivácea, que se mantenía morena desde principios de primavera hasta bien entrado el mes de diciembre, y mis ojos verdes—. Había heredado además el atractivo de mi ex novio: su nariz recta y sus labios carnosos, su pelo rubio oscuro que en ella caía en finos rizos del mismo tono dorado que la miel de trébol. Mi busto, sumado a las estrechas caderas y las piernas torneadas de Bruce, se combinaban para crear en ella esa clase de cuerpo que siempre me había parecido posible única y exclusivamente con la mediación divina o del bisturí.

Me dirigí a una de las tres barras dispuestas junto a las paredes de la sala y le pedí un vodka con zumo de arándanos al camarero, un guapo joven con cara de profundo fastidio que vestía una arrugada camisa de esmoquin de poliéster celeste y unos pantalones de

campana. Al menos no me pareció tan atormentado como la camarera que estaba junto a él, disfrazada de sirena y con algas falsas en el pelo. Todd se había decidido por un motivo estilo retro ambientado en los años setenta para la fiesta de celebración de su ingreso en la edad adulta judía. Su hermana gemela, Tamsin, aspirante a bióloga marina, no había querido ningún ambiente en especial y se había limitado a gruñir entre dientes la palabra «océano» la enésima vez que su madre le había hecho la misma pregunta. Entre las visitas previas a la fiesta a la consulta del doctor Hammermesh para que le agrandara los pechos, le redujera las caderas y le eliminara los milímetros de piel que le sobraban bajo los ojos, Shari Marmer, la madre de los gemelos, había llegado a un acuerdo con sus hijos. Esa gélida noche de enero, Shari y Scott, su marido, recibían como invitados a la fiesta de Studio 54 Bajo el Mar a las trescientas personas más allegadas al matrimonio en el Museo Nacional de la Constitución.

Entré por una puerta cubierta de falsas algas y de hebras de cuentas de color azul marino y fui hacia la mesa situada junto a la entrada de la sala. En el tarjetón que indicaba mi sitio aparecía mi nombre escrito con una elaborada caligrafía en el dorso de una concha de vieira. La concha en cuestión contenía un medallón con las iniciales T&T, por Tamsin y Todd. Estudié la concha atentamente y entendí que mi marido Peter y yo estábamos sentados en la mesa Donna Summer. Joy todavía no había recogido su concha. Me volví a mirar al revoltillo de chicas retozonas hasta que localicé a Joy con su vestido azul marino que le llegaba por debajo de las rodillas, ejecutando una especie de complicada danza, batiendo palmas y meneando las caderas. Mientras la miraba, un chico se separó del grupo de amigos que le acompañaban, cruzó la sala con las manos en los bolsillos y le dijo algo a mi hija. Joy asintió y le dejó que le tomara la mano mientras él la conducía bajo el estroboscopio que proyectaba frías burbujas de luz azulada.

«Mi Joy», pensé mientras veía cómo el muchacho cambiaba el peso de su cuerpo de un pie al otro como si necesitara salir corriendo para hacer uso del servicio. Ya sé que no es políticamente correcto decir esto, pero en el mundo real el atractivo físico es sin duda una tarjeta que nos permite salir de casi todas las situaciones gratuitamente. La belleza te despeja el camino, suaviza la senda, abre

las puertas y ayuda a que se olviden de ti cuando te retrasas con los deberes o cuando vuelves a casa con el depósito del coche a cero. La adolescencia de Joy se anunciaba mucho más fácil que la mía. Excepto por el hecho de que... En su último boletín de notas, había sacado un sobresaliente, dos bienes y dos suficientes, en vez de sus sobresalientes y notables de costumbre (y a siglos de distancia de las ristras de sobresalientes que yo sacaba a su edad y tenía más cerebro que amigos).

—La noto ligeramente desmotivada —nos había dicho su profesora durante la reunión que Peter y yo habíamos mantenido con ella poco después—. ¿Ha ocurrido en casa algo fuera de lo normal?

Peter y yo negamos con la cabeza, incapaces de pensar en nada: no nos habíamos divorciado, por supuesto, y tampoco habíamos padecido ninguna mudanza, ninguna muerte ni ningún desbaratamiento de planes importante. Cuando la profesora cerró las patillas de sus gafas encima de la mesa y preguntó por los novios de Joy, le dije:

—Sólo tiene doce años.

La sonrisa de la profesora resultó ser algo más que compasiva.

—Le sorprendería —dijo.

La verdad es que no. A otras madres quizá sí, pero ése no era mi caso. Yo vigilaba muy de cerca a mi hija (ella diría probablemente que demasiado). Conocía a sus profesores, los nombres de sus amigos, al horrible y ñoño niño cantante que tanto le gusta, la marca de champú de veinte dólares el bote en el que se gastaba la mayor parte de su asignación. Conocía bien el enorme esfuerzo que le costaba la lectura y sabía también que era un as en matemáticas, y que lo que más le gustaba en el mundo era nadar en el océano. Sabía que los albaricoques eran su fruta preferida, que Tamsin y Todd eran sus mejores amigos, que adoraba a mi hermana pequeña y que le aterraban las agujas y las abejas. Le expliqué a su maestra que si algo hubiera cambiado yo lo habría sabido y que todo en la vida de Joy seguía igual. Ella sonrió y me dio una pequeña palmada en la rodilla.

—Es algo muy común entre las niñas de su edad —dijo, volviendo a ponerse las gafas y mirando el reloj—. Sus mundos se amplían. Estoy segura de que no habrá ningún problema. Tiene unos padres que se preocupan por ella y la cabeza bien puesta sobre los hombros. Seguiremos controlándola.

«Como si yo no lo hiciera», pensé. Pero sonreí, di las gracias a la señora McMillan y prometí llamarla con cualquier duda o preocupación. Ni que decir tiene que media hora más tarde, cuando fui directa a la fuente y le pregunté a Joy si le pasaba algo, mi interrogatorio recibió como respuesta el típico encogimiento de hombros y ese par de ojos en blanco que es la marca de la casa de las adolescentes en todos los rincones del mundo. Cuando le dije: «Eso no es una respuesta», ella se limitó a responder:

—Séptimo es más difícil que sexto.

Luego abrió el libro de matemáticas para hacerme saber que la conversación estaba definitivamente finiquitada.

A punto estuve de llamar a su pediatra, a la psicóloga infantil, a su antigua logopeda, o al menos al director del colegio y a la tutora. Llegué incluso a confeccionar una lista de posibilidades: centros de refuerzo académico y páginas web de ayuda con los deberes escolares, grupos de apoyo para padres de hijos prematuros o de hijos con pérdidas de audición. Peter me convenció de que lo olvidara.

—Apenas va por la cuarta parte del programa de séptimo curso —arguyó—. Lo único que necesita es un poco de tiempo.

«Tiempo», pensé mientras tomaba un sorbo de mi copa y apartaba a un lado las preocupaciones. Me había convertido en una auténtica experta en eso. A mis cuarenta y dos años había llegado a la conclusión, no sin cierto pesar, de que tengo una ligera inclinación a la melancolía. No me fío de la felicidad. La manoseo como lo haría con un espejo en un mercadillo o con una alfombra en un zoco, buscando bordes descascarillados o hilos sueltos.

«Pero Joy no», pensé al tiempo que veía a mi hija deslizarse de un lado a otro de la pista de baile con las manos del chico sobre las caderas y riéndose de algo que él acababa de decir. «Joy está bien. Joy es un encanto y es además afortunada. Y, como lo son la mayoría de las niñas de trece años en todas partes, mi hija ni sospecha lo encantadora ni lo afortunada que es.»

—¡Cannie! —La voz de Shari Marmer cruzó el abarrotado atrio del Museo de la Constitución, donde los invitados se arracimaban a la espera de ocupar sus asientos para la cena. Cogí mi caracola y

mi copa y la saludé con un tibio gesto de la mano mientras ella se acercaba abriéndose paso a empujones como un borrón de labios rojos y blefaroplastia y un nuevo diamante atrapado en el Gran Cañón de su escote—. ¡Yuhuuu! ¡Cannie! —canturreó. Solté un gemido que silencié a tiempo cuando me agarró del brazo con su manicura francesa. Al intentar soltarme, su mano me acompañó hasta terminar alojada bajo mi pecho derecho. Mi vergüenza fue instantánea y atroz. Shari ni siquiera pareció darse cuenta.

—Peter y tú os sentáis con nosotros —dijo. Me llevó con ella al comedor, donde vi treinta mesas preparadas para diez comensales cada una, cubiertas con manteles de color aguamarina y centros de conchas y coronadas por brillantes bolas de discoteca.

—¡Genial! —respondí. «¿Por qué?» me pregunté. Shari y Scott tenían familia, abuelos y amigos que tendrían que haberse sentado con ellos. Y tampoco es que Shari y yo necesitáramos ponernos al día de nuestras cosas. Sus hijos eran los mejores amigos de la mía, y aunque nosotras nunca habíamos sido amigas, sí contábamos con años de historia compartida y nos veíamos a menudo. De hecho, el mes anterior habíamos pasado un día entero juntas, haciendo un refrito de nuestra última fijación televisiva con los *realities* y rayando quince kilos de patatas para el *Latkefest* preescolar anual de nuestra sinagoga. Peter y yo podríamos perfectamente haber estado sentados en la mesa Gloria Gaynor con los Callahan, o en la Barry Gibb con Marisol Chang, a la que yo adoraba desde que la había conocido hacía diez años en clase de Música Juntas.

—¿Qué te parece? —me preguntó Shari, agitando su brazo esculpido, torneado y probablemente liposucionado en dirección a la sala mientras nos dirigíamos hacia la mesa presidencial.

—Es fantástico —respondí, en una muestra de lealtad—. Y Tamsin y Todd han estado sensacionales.

Shari me apretó aún más el brazo con los dedos.

—¿De verdad lo crees?

—Sin duda. Y tú estás preciosa. —Ésa, al menos, sí era una verdad incuestionable. Aunque me llevaba ocho años, Shari había estado metida en el mundo de la publicidad de Nueva York antes de casarse y de ser madre. Su trabajo había pasado a ser desde entonces el de mantenerse como estaba, y se dedicaba a él con más ahínco del que yo había mostrado por cualquiera de mis empleos remune-

rados hasta la fecha. Mientras freíamos tortitas de patata en la cocina de la sinagoga, yo la escuchaba, perpleja y exhausta, describirme sus rutinas: el entrenador personal, el yoga y el Pilates, los tratamientos faciales, la depilación, los tratamientos con láser y el tinte de pestañas, las comidas bajas en calorías y en carbohidratos que le llevaban todas las mañanas a casa. Quizás eso era lo único bueno de no haber sido nunca guapa: que no tenías que matarte intentando aferrarte a algo que jamás habías tenido.

—¿Y la fiesta? —preguntó, visiblemente inquieta—. ¿No te parece un poco exagerada?

—¡Para nada! —mentí.

Shari suspiró al tiempo que un *disc jockey* de pelo rizado a lo Michael Jackson con un enorme medallón de oro al cuello, que era además la copia exacta de Rick James antes de su ingreso en prisión, condujo a sus padres a la parte delantera de la sala para proceder a la bendición del pan.

—Tamsin está furiosa. Dice que la biología marina es una ciencia muy seria, y que yo no hago más que... —sus dedos se cerraron como garfios en el aire a la búsqueda de la expresión adecuada— «trivializar sus ambiciones» con centros de caracolas y disfraces de sirena. —Parpadeó sin dejar de mirarme con sus ojos recién agrandados—. ¡A mí las camareras me parecen una monada!

—Adorables —dije.

—Ya pueden —masculló—. He tenido que pagarles de más para que se pusieran esos biquinis. No sé qué paparruchas me han soltado sobre las ordenanzas sanitarias. —Me arrastró entre la muchedumbre, dejando atrás las mesas cubiertas de manteles de color azul oceánico hasta la mesa Donna Summer. De las diez personas que la ocupaban, seis eran miembros de la familia, dos éramos Peter y yo, y el número nueve y el diez eran el director de programas de la emisora pública municipal y su esposa. Saludé con la mano a mi marido, que estaba sentado en la esquina y que mantenía una absorbente conversación con un gastroenterólogo conocido nuestro. «Pobre Peter», pensé, derrumbándome en mi silla.

La anciana sentada a mi izquierda echó una mirada a mi tarjeta antes de levantar los ojos y mirarme a la cara. Se me encogió el corazón. Sabía lo que venía a continuación.

—¿Candance Shapiro? ¿No será Candance Shapiro, la escritora?

—Ex escritora —dije, intentando sonreír mientras me desplega la servilleta sobre las piernas. De pronto el gastroenterólogo ganó varios enteros. En fin. Supuse que tendría que haberme sentido halagada por el hecho de que a Shari todavía le pareciera que mi nombre seguía surtiendo algún efecto. Había escrito una sola novela con mi nombre hacía casi diez años y, desde entonces, había producido un considerable montón de obras de ciencia ficción con seudónimo. Aunque lo que me pagaban por la ciencia ficción era mucho peor, el anonimato me sentaba mucho mejor que los quince minutos de fama que había saboreado en su día.

Mi compañera de asiento me puso una temblorosa mano salpicada de manchas en el antebrazo.

—Sabe, querida, hace siglos que llevo un libro dentro de mí.

—Mi marido es médico —le dije muy seria—. Seguro que puede ayudarla a sacarlo.

Una mirada confusa asomó al rostro de la anciana.

—Disculpe —dije—. ¿De qué trata ese libro?

—Bueno, trata sobre una mujer que se divorcia después de muchos años de matrimonio...

Sonreí, tomé un trago de mi copa e intenté convertir su sinopsis en un agradable borrón de sonido. Un minuto después, Peter apareció a mi lado. Le lancé una sonrisa agradecida cuando me tomó la mano.

—Disculpe —le dijo a la mujer—. Están tocando nuestra canción. ¿Cannie?

Me levanté y le seguí a la pista de baile, donde unas cuantas parejas de adultos habían conseguido hacerse un lugar entre los más pequeños. Saludé a Joy con la mano, me estiré para plantar un beso fugaz en el hoyuelo de la barbilla de Peter y me apoyé contra el esmoquin que le cubría el pecho. Me llevó un minuto reconocer la música.

—¿Así que «Hagámoslo hasta que nos duela» es nuestra canción?

—Tenía que sacarte de allí, así que ahora lo es —respondió.

—Y heme aquí esperando algo romántico —suspiré—. Ya sabes, algo así como «El bebé es suyo, pero mi corazón es tuyo». —Apoyé la cabeza sobre su hombro y saludé con la mano a Shari y a Scott Marmer al verles pasar por delante de nosotros marcándose un *foxtrot*. Scott parecía eufórico, hinchado como un pavo y clara-

mente orgulloso de sus niños. Sus redondos ojos marrones y su calvicie brillaban bajo los focos de la discoteca junto con el fajín, confeccionado con el mismo satén rojo que el vestido de Shari—. ¿No te parece increíble que nos toque a nosotros en otoño? —Miré más atentamente a Shari—. Aunque probablemente yo no me retocaré antes los implantes.

—Ni falta que hace —dijo Peter, echándome hacia atrás y volviendo a tirar de mí hacia él. Cuando la canción dejó de sonar, me llevé las manos al cabello, asegurándome de no estar despeinada, y volví a ponérmelas en las caderas, encapsuladas esa noche en terciopelo negro. Me pareció que no estaba mal del todo. De hecho, una autoridad del calibre de mi hija había dado su aprobación a mi conjunto. Ciertamente es que lo había hecho con un muy poco entusiasta «Supongo que no está mal», y que cuando entrábamos al edificio me había dicho que si en algún momento de la noche me quitaba los zapatos y me ponía a vagar por ahí como una sin techo, se emanciparía legalmente, cosa que los hijos ya podían hacer.

Me pregunté, como solía hacerlo en ocasiones como ésta, qué pensaría la gente cuando me veían con Peter, y si lo nuestro era una especie de versión digna de incredulidad de «Ah, pero ¿está casado con ésta?» A diferencia del calvo y rechoncho Scott, Peter era alto y delgado, y había ganado en apostura con los años. Desgraciadamente, y a diferencia de la quirúrgicamente mejorada Shari Marmer, de mí no podía decirse lo mismo. «En fin —pensé—, debería verle el lado positivo». Quizá los demás suponían que yo tenía la flexibilidad de una gimnasta rumana de diecinueve años y la imaginación de una actriz del porno, y que podía hacer toda clase de rarezas en la cama.

Me cuadré de hombros y levanté la cabeza cuando el *disc jockey* puso «Lady in Red» y Peter volvió a tomarme entre sus brazos. Estaba decidida a ser un buen modelo de comportamiento, a dar un buen ejemplo a mi hija y a ser juzgada por el contenido de mi carácter y no por el tamaño de mis caderas. Y si de ser juzgada por el tamaño de mis caderas se trataba, ¿por qué no hacerle saber al mundo que a decir verdad había adelgazado la impresionante cifra de tres kilos y medio desde que me había casado, gracias a seis semanas indescriptiblemente infernales sometidas a la Dieta Atkins? Además, salvo por un pequeño toque de artritis y el ocasional espasmo

en la espalda, era una mujer asquerosamente saludable, mientras que Peter era de los dos el que había heredado un problema relacionado con el colesterol que tenía que tratarse con tres medicamentos distintos.

Cuando alcé la barbilla le sorprendí mirándome con la frente algo fruncida y los ojos firmemente concentrados en mí.

—¿Qué ocurre? —pregunté, esperanzada—. ¿Te apetece que vayamos a una escalera a darnos el lote?

—Salgamos a dar un paseo. —Le cogió un puñado de brochetas de ternera *satay* y un plato a un camarero que pasaba por allí en ese momento, añadió unas cuantas verduras crudas y unas galletas de soda y me llevó escaleras arriba en dirección al Signers' Hall, con sus estatuas de tamaño natural representando a los hombres que habían firmado la Constitución.

Me apoyé en Ben Franklin y eché una mirada en derredor.

—¿Sabes una cosa? Nuestro país fue fundado por un puñado de hombres de muy baja estatura.

—La nutrición ha mejorado mucho hoy en día —dijo Peter, dejando el plato en una mesita situada junto a la barandilla al tiempo que propinaba una palmada en la espalda a John Witherspoon—. Ése es el secreto que lo explica todo. Bueno, ése y que llevas tacones.

Señalé a George Washington.

—Bueno, él también. Oye, ¿no era Ben Franklin el que pilló una enfermedad venérea, o fue otro?

—Cannie —respondió Peter, muy serio—, estamos en presencia de grandes hombres. Lo que tienes ante tus ojos son réplicas exactas en bronce de grandes hombres. ¿Y lo único que se te ocurre es soltar lo de la enfermedad venérea?

Estudí con los ojos entrecerrados la biografía de Ben, escrita en una placa rectangular adosada a la parte posterior de su silla. No volví a hacer mención de ningún inmundo recuerdo que pudiera haberse llevado de sus años en París. «La historia es una auténtica tapadera», pensé, cruzando la sala y apoyándome en la barandilla para mirar desde allí a los bailarines contratados que giraban enloquecidos al tiempo que un emblema de Studio 54 especialmente ideado para la ocasión descendía del techo (en vez de esnifar cocaína, el hombre de la luna aparecía leyendo la *Torah*).

—Esta fiesta es una auténtica locura —dije.

—He estado pensando —respondió Peter, mirándome fijamente por encima de la peluca de George Washington.

Me encaramé a un taburete delante de la mesita.

—¿En la fiesta de Joy? —Aunque todavía faltaban muchos meses para el *bar mitzvah* de nuestra hija, y la consiguiente fiesta, el evento había emergido ya en casa como un tema candente.

—No, no es eso. —Se sentó en la silla delante de mí y me miró con dulzura, casi con timidez, desde debajo de sus largas pestañas.

—¿Te estás muriendo? —pregunté. Y luego—: ¿Me das tu pinchito de ternera?

Peter exhaló. Una redecilla de arrugas se dibujó en las esquinas de sus ojos marrones y sus dientes destellaron brevemente mientras él intentaba reprimir una sonrisa.

—No pretendían ser preguntas concatenadas. De hecho, lo siento mucho —le aseguré—. Es que también estoy que me muero de hambre. Pero no te preocupes. Me encargaré de hacer el papelón de la típica esposa devota que ha dedicado la vida a su marido. Te tomaré la mano, dormiré a tu lado, te disecaré y te colocaré en una vitrina. Lo que te apetezca.

—Un funeral vikingo —dijo Peter—. Sabes muy bien que eso es exactamente lo que quiero. Con flechas llameantes y con Wyclef Jean cantando «Many Rivers to Cross».

—De acuerdo, de acuerdo —respondí. Tenía en el portátil un archivo entero llamado «Deceso de Peter»—. Y si Wyclef está ocupado, ¿te importa si lo intento con Pras?

Se encogió de hombros.

—Supongo que valdría.

—Bueno, piénsalo con calma. No me apetece tenerte atormentándome desde la tumba simplemente porque contraté al miembro equivocado de The Fugees. ¿Y quieres la música antes o después de que le prendan fuego a tu cadáver?

—Antes —fue su respuesta, al tiempo que reclamaba su plato—. Cuando se prende fuego a un cadáver, todo va rodado. —Masticó rumiantemente un trozo de zanahoria—. Quizá podría dejar que llevaran a hombros mi ataúd hasta el teatro Apolo, como James Brown.

—Deberías sacar primero un álbum, aunque veré qué puedo hacer. Tengo algunos contactos. A ver, ¿qué pasa? —Arqué la ceja,

indicando que sabía lo que venía a continuación—. ¿Te apetece un trío?

—¡No! ¡Claro que no me apetece un trío! —tronó. Peter tiene una voz muy grave. Tiende a resonar. Las tres mujeres con vestidos sin tirantes que acababan de entrar a la sala, presumiblemente en busca de un poco de aire fresco, se nos quedaron mirando. Les dediqué un compasivo encogimiento de hombros y articulé en silencio: «Disculpen».

—Lo que quiero... —Peter bajó la voz y clavó en mí la intensa mirada de sus ojos de color marrón oscuro. Incluso con las pequeñas que habían tenido lugar durante nuestros diez años de matrimonio, las conversaciones sobre cuándo reparar el tejado y a qué colonias de verano enviar a Joy, su mirada tenía aún el poder de fundirme y hacerme desear que estuviéramos en algún otro lugar, solos los dos... y que yo siguiera tan ágil como una gimnasta rumana.

—Quiero tener un hijo —dijo él por fin.

—Quieres... —Sentí que se me aceleraba el corazón en el pecho y de pronto tuve la sensación de que el vestido de terciopelo me apretaba demasiado.

—Ajá. Eso sí que no lo tenía previsto. ¿Lo dices en serio?

Asintió.

—Quiero que tengamos un hijo.

—De acuerdo —dije despacio. No era la primera vez que la posibilidad de un hijo había aparecido en el curso de nuestro matrimonio. De pronto hablaban en el telediario de la historia de la presentadora de un magacín o de una cantante de *country*, convertidas en las orgullosas madres de gemelos o de trillizos «nacidos con la ayuda de una madre de alquiler», una expresión a la que yo siempre reaccionaba poniendo los ojos en blanco. Sería como si yo dijera de pronto que había cambiado el aceite del coche «con la ayuda de un mecánico», como si yo no me hubiera limitado simplemente a pagar la factura. Pero si íbamos a tener un hijo que fuera biológicamente nuestro, habría que implicar a un tercero. Joy había sido sietemesina y había nacido por cesárea, a la que le había seguido una histerectomía de urgencia que me impedía tener más hijos. Naturalmente, Peter lo sabía, y aunque ya había puesto de manifiesto su interés por la posibilidad de contratar un vientre de alquiler, jamás había insistido en ello.

Sin embargo, de pronto parecía realmente dispuesto a insistir.
—Tengo cincuenta y cuatro años —dijo.

Desvié la mirada y leí en voz alta el texto de la placa de James McHenry: «FÍSICO, ASESOR MILITAR Y POLÍTICO. Y hombre de un gran estilo».

Peter me ignoró.

—Me estoy haciendo viejo. Joy está cada vez más mayor. Y puede que haya todavía alguna posibilidad. Quizá tengas aún óvulos fértiles.

Batí las pestañas.

—Eso es, sin duda, lo más romántico que me has dicho hasta la fecha.

Peter me tomó la mano y la expresión de su rostro era tan honesta, tan esperanzada, familiar y querida que de pronto lamenté en lo más profundo de mi ser que mi único éxito con la maternidad natural hubiera sido con el cerdo colocado de un ex novio y no con mi marido.

—¿Nunca piensas en ello? —preguntó.

Empezaron a picarme los párpados.

—Bueno... —Negué con la cabeza y tragué saliva—. La verdad es que a veces. —Obviamente, sí que me lo había preguntado. En ocasiones había soñado despierta con un bebé que habíamos engendrado juntos, un niño serio parecido a Peter, con destellos de su humor seco como relámpagos de calor en el cielo estival; un niño perfecto que acompañaría a mi niña perfecta. Sin embargo, eso era como soñar que cantaba con las Supremes, que ganaba una maratón o, en mi caso en particular, que llegaba a correrla: una fantasía de la que podía disfrutar durante una perezosa tarde a la bartola tumbada en la hamaca, algo en lo que entretenerme en mitad de un atasco o mientras conducía por la autopista, o lo que es lo mismo, nada que fuera a convertirse en realidad.

—Ahora somos muy felices —dije—. Nos tenemos el uno al otro. Y tenemos a Joy. Y ella nos necesita.

—Se está haciendo mayor —respondió con suavidad—. Ahora nos corresponde empezar a renunciar a ella.

Liberé mi mano y le di la espalda. Técnicamente, Peter estaba en lo cierto. De tratarse de cualquier otra niña de trece años, me habría mostrado sin duda de acuerdo. Pero Joy era distinta. Nece-

sitaba una atención especial por ser quien era, por las cosas a las que se enfrentaba —su sordera, sus dificultades con la lectura—, y por quién había sido yo.

—Nuestras vidas son maravillosas, pero todo es igual —prosiguió Peter—. Vivimos en la misma casa, vemos a la misma gente, vamos a la costa de Jersey todos los veranos...

—¡Pero a ti eso te gusta!

—Sí, vivimos bien —dijo—, pero quizá las cosas podrían mejorar. No nos haría ningún daño intentar algo nuevo.

—O sea, que volvemos a retomar lo de los tríos —dije, un poco para mí misma.

—Creo que por lo menos podríamos ver de qué se trata. —Sacó una tarjeta de la cartera y me la dio. Doctor Stanley Neville, endocrinología de la reproducción, consulta en la calle Spruce..., situada en el mismo edificio, tal y como comprobé con pesadumbre, en el que tenía la suya el médico que me trataba la artritis que acababan de diagnosticarme—. Puede hacerte una ecografía de los ovarios.

—Corren buenos tiempos —dije, devolviéndole la tarjeta. Pensé en nuestras vidas perfectamente ordenadas, los tres a buen recaudo y a salvo del mundo. Mi jardín, tras diez años de atenciones, por fin estaba cubierto de flores: las rosas trepadoras tapizaban ya las paredes de ladrillo y las hortensias estaban llenas de brotes azules y violetas del tamaño de cabezas de bebé. Mi casa era exactamente tal y como siempre la había soñado. Sin ir más lejos, hacía un mes que los siete años de búsqueda por fin habían surtido efecto y el antiguo reloj verde y oro del abuelo daba las horas en lo alto de la escalera. Todo, salvo la diminuta y sin duda reparable cuestión de las notas de Joy, era sencillamente perfecto.

Peter me tocó el hombro.

—Pase lo que pase, tanto si esto funciona como si no, estoy contento con la vida que tenemos. Y feliz. Lo sabes, ¿verdad?

Debajo de nosotros, un desfile de camareros y camareras con sus trajes de baño y sus biquinis salían de la cocina con bandejas de ensalada en las manos. Asentí. Todavía me ardían los párpados y notaba un nudo en la garganta, pero no tenía la menor intención de ponerme a berrear en pleno Museo de la Constitución. No me atrevía ni a imaginar los chismes que podía provocar con ello si llegaba a oídos de Shari.

—De acuerdo —dije.

—Candace —dijo Peter cariñosamente—, no quiero verte tan preocupada, por favor.

—No estoy preocupada —mentí. Él me dio su plato, aunque en una de esas raras ocasiones que ha podido registrar mi memoria reciente, no tenía ni pizca de hambre, de modo que lo dejé encima de la mesa y bajé tras él la escalera, pasando por delante de las ventanas y de la luna que, desde lo alto del cielo, bañaba el césped con su luz plateada.

2

Todd se dejó caer sobre mi cama y me miró muy serio.

—¿Y qué es lo que estabais haciendo allí? —preguntó.

Me quité las horquillas del pelo, dejando que los rizos me cayeran sobre los hombros, y sonreí sin decir una sola palabra.

—Somos tus mejores amigos —suplicó Todd—. James es nuestro primo. Podemos darte información privilegiada. A mí me parece un cañón.

Desde el saco de dormir que ocupaba en el suelo, Tamsin arrugó los labios y pasó ruidosamente la página del libro que estaba leyendo. Aunque Todd seguía con el traje puesto, su hermana se había quitado el vestido en cuanto había cerrado la puerta de la habitación, y parecía mucho más feliz con su camiseta de *El señor de los anillos*, los pantalones de chándal y con la cara lavada y libre de maquillaje que su madre le había obligado a ponerse y las pecas salpicándole la nariz.

—Nada. No hemos hecho nada —mentí al tiempo que mi perra *Frenchelle* saltaba a la cama y se acurrucaba a mis pies. La verdad era que había bailado tres veces con James, el primo de quince años de Todd y Tamsin. Luego él me había ofrecido un sorbo de su copa, que había resultado ser un *whisky sour* que su hermano mayor le había dado, y también le había dicho que sí a eso. Después me había llevado al auditorio a oscuras en el que se celebran las presentaciones multimedia de «El Triunfo de la Libertad» del museo, pegándome contra la pared tapizada. Nos habíamos quedado allí un buen rato a oscuras, él con su camisa y corbata y yo con su chaqueta sobre los hombros, besándonos como en una película, o al menos en un videoclip. Me preocupó un poco que empezara a frotarse contra mí de arriba abajo, pero cuando me puso la mano en un pecho me aparté, y al ver que no volvía a hacerlo me relajé. Estaba tan oscuro en el auditorio que bien podía imaginar que

James era cualquiera. Al principio imaginé que era Dustin Tull, el cantante, y estuvo guay. Luego imaginé que era Duncan Brodkey, el chico que me gustaba del colegio, y fue incluso mejor, allí de pie en la oscuridad con los finos labios de James contra los míos, tan pegados a mí que hasta me pareció notarle los dientes.

—Estás muy buena —me había murmurado al oído, y eso fue lo mejor de todo, porque me pareció que de verdad lo creía: que con ese vestido y por esa noche quizá fuera verdad. Entonces una de las manos de James volvió a deslizarse hasta mi pecho y me pellizcó demasiado fuerte. Le aparté de un empujón y le dije: «Creo que mejor que no», con una voz burlona y casi repelente, y me di cuenta de que había sonado exactamente como Taryn Topping, que sí estaba buena de verdad y que además era la estrella del programa de la tele *The Girls' Room*. Era justo lo que Taryn le habría dicho a cualquier chico que hubiera intentado propasarse con ella, el tono y las palabras exactas que habría utilizado una tía buena. James se había apartado de mí de inmediato y me pareció verle enfadado, aunque de hecho parecía que eso era justo lo que esperaba de mí..., como si fuera así como se suponía que debían comportarse las tías buenas.

—¡Vomita! ¡Vomita! —canturreó Todd. Me sonrojé al acordarme: los labios y las manos de James sobre mí, y esa expresión respetuosa en la cara. En cualquier caso, no me apetecía contar nada, porque Tamsin todavía no se había besado con nadie, y si yo lo soltaba, Todd iría por ahí contándole la historia a todo el mundo, probablemente empezando por su madre.

Frenchelle se levantó, dio una vuelta sobre sí misma, volvió a hacerse un ovillo y se puso a roncar justo cuando mi madre empezaba a subir las escaleras. Al oírla rodé hasta quedar tumbada de costado, escondiendo la cara en la almohada al tiempo que ella se detenía, como lo hacía siempre, a admirar el reloj que tenemos en lo alto de la escalera.

—Chiss —dije—. Ahí viene.

Nos quedamos los tres muy quietos, mientras lo único que rompía el silencio era el chasquido de los *braquets* que Tamsin no dejaba de meterse y sacarse de la boca, hasta que oí que mi madre daba media vuelta y se iba a su cuarto. Rodé una vez más hasta quedar boca arriba, mirando al techo, y empecé con mi letanía:

—Razones por las que no soporto a mi madre: de la uno a la diez.

—Ya empezamos —masculló Tamsin.

—Disculpadme —dijo Todd, desapareciendo en el cuarto de baño con su pijama.

Les ignoré a ambos.

—Uno: sus tetas.

—No están tan mal —dijo Tamsin sin levantar los ojos del ejemplar de *Ghost World* que yo le había regalado en *Hanuka* para que pudiera deshacerse del que había leído una y otra vez hasta despedazarlo. Todd volvió a aparecer, descalzo y con su pijama de algodón de rayas, oliendo a enjuague bucal y a pasta de dientes de menta, con el pelo castaño oscuro peinado hacia atrás. Tenía los labios, la nariz y el arco de las cejas idénticos a los de su hermana. Aunque no le interesaban las chicas, salvo como amigas, probablemente ésa fuera la última vez que le dejaban quedarse a dormir en casa —«Hoy ya soy todo un hombre», había dicho con una mueca de fastidio—, aunque habría un desayuno en casa de los Marmer a la mañana siguiente. La empresa encargada de organizarlo desembarcaría a las seis, y la señora Marmer había decidido que los beneficios que suponía que los gemelos descansaran bien esa noche superaban con creces los riesgos implícitos en una noche de sueños mixtos compartidos—. Son, bueno... —Tamsin se tumbó de lado—. Grandes.

Suspiré. Todd y Tamsin eran mis mejores amigos desde el parvulario. Nos habíamos conocido el día que Matthew Swatner empezó a reírse de mis audífonos y a llamarme Cabeza Mecánica. Los dos se habían sentado a mi lado delante de la mesa de arena —Tamsin con sus coletas recogidas con lazos rojos y Todd con su gorra de béisbol también roja— y le habían dicho a Matthew que me dejara en paz. Luego Todd me había dejado ponerme su gorra y Tamsin me había atado uno de sus lazos en la muñeca, y durante la hora del desayuno se habían sentado a mi lado, asesinando con los ojos a Matthew y a todo aquel que se atreviera a mirarme mal.

«Tus Frutos del Islam particulares», dijo mi madre en cuanto los vio. Sigo sin saber qué quiso decir exactamente con eso, pero estoy convencida de que, a pesar de todos estos años juntos, Tamsin y Todd siguen sin pillar de qué va mi madre.

—Tiene un pecho ridículo —dije—. ¿Sabéis qué talla de sujetador usa? La XXL Plus.

—¿Plus? —repitió Todd—. ¿De verdad existe esa talla?

—Sí. Tiene que pedirlos por Internet porque no los encuentra en las tiendas.

—Qué fuerte —dijo Tamsin, aunque me pareció que hablaba más con respeto que con horror, a diferencia de mi reacción al ver la etiqueta del sujetador de mi madre.

—¡Y siempre lleva ropa que le deja a la vista los pechos! —Negué con la cabeza—. Aunque probablemente ella no tenga la culpa. Porque digo yo: ¿qué podría ponerse para tapárselos? —Clavé la mirada en el techo y les conté a mis amigos la peor parte—. Y ahora resulta que también me están saliendo a mí.

—Qué suerte —dijo Tamsin, apartando los ojos del libro para mirarse los pechos con expresión compungida—. A los chicos les gustan las tetas grandes.

—Por eso se las puso mi madre —añadió Todd.

—Dice que yo también puedo ponérmelas cuando cumpla los dieciséis —añadió Tamsin—. Ya, claro.

Me sonrojé, volviendo a acordarme de James, que en ningún caso parecía haberse molestado con el tamaño de mis pechos.

—Amber Gross no tiene las tetas grandes —dije—. De hecho, Amber casi no tiene tetas.

—Sí, pero es Amber Gross. —Aunque así, dicho en alto, sonaba estúpido, yo sabía exactamente lo que Tamsin quería decir. A pesar de lo ridículo de su apellido*, condición que en circunstancias normales habría sido sin duda un descalificador automático, Amber Gross era la chica más popular de la clase. Amber tenía el pelo castaño claro, liso y brillante como una cortina de satén, y una sonrisa rutilante que hacía que pareciera que en vez de *braquets* llevara joyas en los dientes. Jamás un grano se había atrevido a desfigurarle la cara. Tenía un cuerpo diminuto y perfecto, la ropa que llevaba era igualmente diminuta y perfecta y salía con Martin Baker, que jugaba en el segundo equipo de fútbol del instituto, aunque iba a séptimo. Lo mejor de todo —y lo más importante— era que Amber era capaz de hablar con todo el mundo —padres,

* Gross: asquerosa. (N. del T.)

profesores y también con los chicos—, y que todo lo que salía de su boca —es decir, las palabras y el sonido de las palabras— era siempre un acierto.

Yo era la antítesis de Amber, la chica en cuyo rostro nadie se fijaba, la que siempre aparecía en última fila en las fotos de clase, cabizbaja y con la vista a un lado; la que sonreía y asentía con la cabeza a cosas que no oía del todo bien y la que esperaba que con eso bastara. Nunca sabía qué decir, ni siquiera en mi cabeza, y la mitad de las veces, si me las ingeniaba para decir algo, la gente me pedía que lo dijera más alto o que lo repitiera porque mi voz era tan baja, tan grave y tan extraña que o no me oían o no entendían lo que les decía.

Hubo un tiempo en que me había creído especial, y cuando digo especial, lo digo en el buen sentido, como me decía mi madre. Recuerdo cuando a los tres o cuatro años, en la consulta de la logopeda, había sentido los dedos de mi madre sobre la barbilla mientras ella me movía con suavidad la cara para que pudiera mirar sus labios en el espejo. «Mírame, Joy.» Nací prematuramente, con una ligera pérdida de audición en un oído y con pérdida moderada en el otro, de ahí que tardara más tiempo en empezar a hablar que los demás niños. En el parvulario, me frustraba cuando los demás no me entendían. Gritaba, arrojaba cosas, me lanzaba contra la alfombra del abecedario y la aporreaba con los puños y con los pies. Mi madre me acompañaba al colegio todos los días. Nunca se enfadaba conmigo ni perdía la paciencia. Esperaba a que dejara de llorar. Me secaba la cara y me daba zumo de manzana en un biberón y me llevaba a los caballetes del rincón de lectura. Una vez allí, me sentaba sobre sus rodillas y me leía un libro. En casa, practicábamos delante del espejo, sus ojos en los míos y sus dedos en mi barbilla.

«¡Lo estás haciendo fenomenal! ¡Fantástico! Ahora di: “mmm”.» Se sentaba conmigo sobre sus rodillas y se ponía una de mis manos en el cuello para que yo pudiera sentir la vibración del sonido, y la otra sobre los labios, para que pudiera sentir el aire que sacaba por la nariz. «Di “mmm”. Di “mmm”. Di “mamá”.»

Volvíamos caminando juntas a casa a la hora del almuerzo, y si había sido un día duro, me hacía algún regalo. Pasábamos por Pearl, la tienda de material de bellas artes, a comprar pintura

para acuarela o botones nuevos, o por Rita's a comprarnos un polo cuando hacía calor, y ella me tomaba en brazos y me decía que estaba muy orgullosa de mí y lo especial que era para ella. Me había llevado su tiempo entender que en realidad no lo era. El único motivo de que alguien del mundo real pudiera pensar que era especial eran mis audífonos, mi voz rara y el hecho de que una vez, hacía mucho tiempo, mi madre había escrito un libro.

—¿Ya me puedo ir? —preguntó Tamsin. Tenía la mano cerrada sobre el ejemplar de *Ghost World* y señalaba el punto con un dedo.

—Pero si voy sólo por la segunda. La segunda —repetí—. Mi padre y ella son asquerosos. No paran de reírse. Se besan cuando creen que no les veo. Utilizan un idioma propio que han inventado sacándolo de todas las películas y programas de televisión que han visto y de las revistas que han leído. Uno de los dos dice algo así como «¿No podríamos simplemente llevarnos bien?», o «Lewis Lapham ha ido demasiado lejos esta vez», y el otro se echa a reír. Y cuando les pregunto: «¿Quién es Lewis Lapham? ¿Qué tiene de divertido una sudadera en la que está escrito “Universidad”?» Aunque intentan explicármelo, es como cuando era pequeña: oigo lo que dicen, pero sus palabras no tienen sentido.

—Me toca —dijo Tamsin. Se sentó y se recogió el pelo en un moño sobre la coronilla—. A ver...

Desvié la mirada. Menuda novedad si Tamsin era capaz de dar con una sola cosa que no le gustara de su madre. La señora Marmer tenía el pecho de una talla normal, o al menos la había tenido antes de los implantes. El padre de Tamsin y de Todd era su marido, y no un ex novio que había dejado embarazada a la señora Marmer y que encima no se había casado con ella.

Pero lo mejor de la señora Marmer es que dejaba en paz a sus hijos. El mes anterior había llegado veinte minutos tarde a la función musical del colegio. Tamsin, que estaba sentada a mi lado y que no dejaba de mirar la hora en el móvil cada treinta segundos, la había asesinado con la mirada al verla entrar de puntillas en la mitad del primer solo de Todd, tapándose la boca con la mano y con sus delicadas chanclas de goma taconeando contra el suelo del auditorio.

—Un atasco —había articulado en silencio, instalándose en la silla junto a la de Tamsin—. Lo siento mucho, cariño. ¿Me he perdido mucho?

Mi madre estaba sentada a mi otro lado, y vi cómo apretaba los labios al tiempo que repasaba con los ojos las chanclas y las uñas de los pies de la señora Marmer, pintadas de un estridente verde coral. El rostro de mi madre se había relajado al ver que yo la miraba, y se había encogido de hombros.

—Cosas que pasan —había susurrado la señora Marmer justo cuando Tamsin cerraba el móvil y apretaba los labios.

En ese momento creí que era imposible estar más celosa de mis amigos. Mi madre no se olvidaba de mí ni un solo instante. Ni siquiera durante veinte minutos. Probablemente, ni veinte segundos. Yo era su principal foco de interés en la vida. Me dejaba en el colegio todas las mañanas (los chavales de mi clase iban caminando o cogían el autobús para ir a clase) y todas las tardes sin falta, en cuanto sonaba el timbre, su minifurgoneta (que ella misma había elegido porque el *Consumer Digest* la había calificado como el coche más seguro del mercado) estaba la primera de la fila, esperando para recogerme. Cuando tenía clase de natación o ensayo con el coro, me esperaba sentada en las gradas del auditorio, tejiendo o tecleando en su portátil. Era la presidenta de la asociación de padres y mi tutora voluntaria, y además era siempre la primera en ofrecerse a llevar la macedonia y las bebidas energéticas a las reuniones, o a organizar las fiestas después de las funciones, o a ponerme un libro en la mano: cualquier cosa que girara en torno a Terabithia o a Narnia, o algún título de Philip Pullman o Roald Dahl.

«Oooh, Joy, éste te va a encantar. ¡Era mi preferido cuando tenía tu edad!»

Mamá estaba conmigo prácticamente a todas horas del día cuando yo no tenía clase, observándome como si esperara verme arrojar el biberón al suelo y empezar a dar patadas a la alfombra y volver así a necesitarla como cuando tenía tres años. Y cuando no estaba conmigo, pensaba en mí, planeando toda clase de actividades madre-hija o tejiéndome algo que no necesitaba (otra bufanda, otro jersey, otro par de mitones), comprándome otro libro que quedaría olvidado en mi estantería o instalando pestillos especiales de seguridad en la ventana de mi cuarto porque una vez, antes de que yo

naciera, el hijo de una estrella del rock se había caído desde una ventana (lo busqué en Internet y descubrí que la ventana estaba en la planta cincuenta y tres de un rascacielos de Nueva York y que el niño tenía cuatro años, aunque por mucho que se lo expliqué, mi madre siguió empeñada en instalar los pestillos).

—Los almuerzos escolares que nuestra madre nos prepara son asquerosos —comentó Tamsin.

—Los peores —dijo Todd, asintiendo.

Intenté parecer compasiva, aunque se me ocurrió que me habría conformado con un rancio sándwich de aceitunas y de pasta de queso o incluso con un burrito sobrante bajo en carbohidratos cualquier día de la semana si me hubiera tocado en suerte a la señora Marmer, en vez de tener que soportar a una madre que no me dejaba en paz ni un segundo. Aunque ya no me sostenía la barbilla, a veces tenía la impresión de que sentía sus dedos en la cara. En cuanto salía del colegio y subía al coche, empezaba la misma cantinela: «¿Qué tal te ha ido el día? ¿Y el colegio? ¿Quieres merendar algo? ¿Me ayudas a preparar la cena? ¿Te compro algo en el supermercado? ¿Necesitas ayuda con los deberes?», hasta que me daban ganas de ponerme a chillar: «¡Déjame en paz, déjame en paz, no puedo respirar teniéndote encima!», pero no podía, porque si lo hacía, ella me habría mirado como si la hubiera abofeteado o como si le hubiera clavado un cuchillo en la llanta del coche, o como si hubiera hecho cualquier otra cosa a propósito, sólo para herirla.

Recoloqué la almohada y me dispuse a escuchar a medias cómo Tamsin y Todd describían el último horror que habían encontrado en sus tarteras («Mamá se creía la supermadre por habernos comprado mantequilla de cacahuete cien por cien natural y cien por cien aceitosa, pero es que a mí ni siquiera me gusta la mantequilla de cacahuete, y encima ni siquiera la batió, con lo cual era como estar comiendo un sándwich de grasa») con la mirada en las estrellas fosforescentes que mi madre y yo habíamos pegado al techo cuando yo era pequeña, mucho tiempo atrás.

—Chísss —dije al oír acercarse los pasos de mi madre. Apagué las luces y los tres nos quedamos acostados a oscuras. Tamsin se quitó y se volvió a poner los *braquets* una vez más y cogió su libro e intentó leer a la luz del reloj digital, y yo le susurré que no hiciera

ruido y que dejara el libro. *Frenchie* gruñía en sueños. Los números del reloj cambiaron de las 12:45 a las 12:46.

—¿Por qué hace eso? —preguntó Todd.

—Es que me quiere mucho —respondí. Aunque intenté que sonara sarcástico, la verdad es que sonó patético, y débil, y peor aún: cierto.

A las 12:47 la puerta se abrió con un pequeño crujido. Me aseguré de que el pelo me tapara las orejas para que así mi madre no me viera los audífonos y supiera que habíamos estado hablando, y contuve el aliento con la esperanza de que Tamsin no empezara a hacer chasquear los *braquets* y nos delatara. Mi madre se acercó a la cama y se quedó allí de pie un momento, sin tocarme, aunque mirándome desde arriba como todas las noches de mi vida, de pie y a oscuras, oyéndome respirar. Cuando se volvió hacia la ventana, entreabrí los ojos y la vi a la luz de la lámpara: su rostro secreto, el que sólo me enseña a mí.